

PEDRO CORREA

FLORES Y BLANCAFLOR:
UNA NOVELA DEL SIGLO XIII
INTRODUCCIÓN, EDICIÓN Y NOTAS

GRANADA
2007
MUSAE IBERICAE NEOLATINAE

Reservados todos los derechos. Está prohibido reproducir o transmitir esta publicación, total o parcialmente por cualquier medio, sin la autorización expresa de Editorial Universidad de Granada, bajo las sanciones establecidas en las leyes.

© PEDRO CORREA

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

FLORES Y BLANCAFLOR: UNA NOVELA DEL SIGLO
XIII. INTRODUCCIÓN, EDICIÓN Y NOTAS.

I.S.B.N.: 978-84-338-4797-3. Depósito legal: GR/3013-2007.

Edita: Editorial Universidad de Granada. Campus Universitario de
Cartuja. Granada.

Diseño de cubierta: Rosa María Mérida.

Imprime: Imprenta Comercial.

Printed in Spain

Impreso en España

INTRODUCCIÓN

MANUSCRITO

Es un texto fragmentario de la *Primera Crónica*, copiado en el siglo XV. Comienza en el capítulo 564 y termina en el 783. Comprende desde la página 324 b27 hasta la 468 a6. Es un arreglo de la crónica de Alfonso X, ya que no sigue con exactitud la versión publicada. El manuscrito refleja dos partes en su ejecución. La primera, capítulos 566 a 627, sigue la versión de 1274, mientras que la segunda, capítulos 628 a 783, se inclina por la versión regia de 1289. Fue llamado por su descubridor y primer estudioso J. Gómez Pérez X (1963-1964: 7-137; texto 35- 94). Un análisis pormenorizado del mismo y sus relaciones con textos alfonsís pueden encontrarse en el estudio-recopilación sobre la «Estoria de España» hecho por D.Catalán (1992).

PRESUPUESTOS CRONOLÓGICOS

Tal y como se nos ha transmitido, la novela no se presenta independiente, sino que forma parte de un corpus fuertemente trabado con *Berta* y *Mainete*. Esto nos lleva a considerar cuál ha sido el texto francés que ha servido de base al novelista español. De las dos versiones, «conte» y «roman», solamente la primera posee un prólogo carolingio postizo y, en consecuencia, hace a Floire y Blancheflor abuelos de Carlomagno a través de su única hija Berta. El «roman» desconoce esta genealogía y esto quiere decir que, cuando el poeta francés se puso a redactar la segunda versión, la primera no poseía el prólogo en cues-

tión. Es, pues, un añadido posterior extraído de un cantar de gesta sobre la figura de Berta en la que ésta era considerada mujer de Pipino y madre de Carlomagno. Estamos ante un problema complejo; parece que se han cruzado diversas tradiciones históricas y legendarias con múltiples confusiones entre personajes con el mismo nombre, pero que pertenecen a identidades distintas.

Entre nosotros la figura de Berta está novelada tanto en la *Gran Conquista de Ultramar* como en la *Crónica General* de Alfonso X. Parece ser que el prosificador español tuvo presente un poema versificado distinto y más antiguo que el de Adenet, el cual es una puesta al día, elegante y cortesana, de un cantar de gesta en el que se narra la vida aventurera de Berta, madre de Carlomagno, y el nacimiento del futuro emperador. Todos los críticos están de acuerdo en que tampoco el texto español tiene relación con el que ofrece la *Cronique Santongaise*. Una tradición muy extendida hacía a Floire y Blanche-flor padre de Berta y no sólo en los cantares protagonizados por esta última sino en otros textos extraños entre sí. Así en la *Chanson du vilain Hervis* encontramos la siguiente leyenda:

*Ses freres fut Flores, li rois gentis,
que Honguerie avoit a maintenir:
Icil fut peire Bertain o le clair vis
que prist a feme li riches rois Pepins.*

En el primitivo cantar de gesta sobre la figura de Berta, no el que leemos en la actualidad, probablemente la madre de Carlomagno no tiene ninguna relación con Floire y Blanche-flor, sino que está emparentada con la dinastía bizantina ligada al emperador Heraclio, según manifiestan textos latinos autónomos, y en el «conte» se hace a los padres de Berta reyes de Hungría. Esto lo encontramos en el *Pantheon* de Gotfridus de Viterbe:

*Ejus sponsa fuit grandis pede nomina Berta,
venire ab Hungaria, sed graeca matre reperta,
Caesaris Heraclii filia namque fuit.*

Y Oephelius en el *Rerum Boicarum scriptores* afirma lo siguiente:

Berta eius (Pipini Parvi) uxor, graeca, Augusti, constantinopolitani filia, dicta cum magno pede, filia Heraclii imperatoris, ex qua

suscepit tres filios, Karolum Magnum, Karlomannum et filiam Giselam monialem.

En la versión «conte» Floire llega a ser rey de Hungría y Bulgaria en virtud de determinado parentesco:

*Puis que Floires fu crestiens
Li avint grant ennor et biens,
Car puis fu il rois de Hongrie
Et de la terre de Bougrie.
Un siens oncles fu morz sanz hoirs
Qui de Honguerie estoit rois,
Floires ert fuiz de sa serour.*

Por otra parte, Fines, padre de Flores, es rey de Almería, y la única versión en la que dicho topónimo aparece es en el «roman», donde se dice que Galerien es rey de Aumarie, mientras que en el «conte» la capital del reino de Felis-Fenis es Naples. Como no conocemos ninguna versión francesa en que aparezca un rey de nombre parecido a Fines y que la capital de su reino sea Almería, hemos de llegar a la conclusión de que en un momento determinado penetran en España las dos versiones y ambas son utilizadas por nuestro narrador. El verdadero problema reside en dilucidar si lo primero que penetró fue un «conte» o un «roman»; si el novelista iba transponiendo la primera versión y se cruzó en su camino la llegada de la segunda o viceversa.

Nuestra opinión es la siguiente: los elementos constitutivos de nuestra novela tienen más que ver con el «conte» que con el «roman»; hay episodios fundamentales que solamente pueden ser explicados si recurrimos a la primera versión francesa y silencios significativos si tenemos en cuenta el desarrollo del «roman», el cual puede leerse en la versión de F. Krüger (1938, reimpresión 1967). Pueden servirnos de ejemplo la ausencia total en la novela de episodios tan extensos como el milagro jacobeo inicial (v. 81-109), la prisión del duque francés (v. 119-178 y 205-220), la intervención del senescal y el duelo que mantiene con Flores (v. 867-1212), la estancia del infante en el foso de los leones (v. 1535-1684), el episodio bélico de la isla de Fuis (v. 1850-1966), la lucha a muerte contra el almanzor Jonás de Handres (3059-3384). Voy a considerar que el regreso pormenorizado de Flores al reino de Almería se encontrara en esta versión y de ella lo tomara el novelista, aunque, hoy por hoy, no se

pueda demostrar. Nos quedamos en el terreno de la simple conjetura, viable, pero no del todo convincente.

Por lo tanto, y considerando que la novela en su primera forma fuese independiente, creemos que un narrador español tuvo entre sus manos una versión del «conte», como obra aventurera y amorosa, y mientras vertía pacientemente el original francés, se cruza en su camino un «roman» que le viene muy bien para la completa hispanización del tema. Es indudable que el Arcipreste de Hita leyó un manuscrito independiente, sin que supusiera un prólogo obligado de la leyendas de Berta y Mainete, aunque figurara en él las relaciones familiares antes establecidas. Lo que sucede es que nosotros conservamos la novela, porque a alguien de un equipo alfonsí se le ocurrió embutirla en la *Estoria de España*. Si este hecho fortuito no hubiera ocurrido, lo más probable es que hoy no dispondríamos de ella y los lectores tendríamos que leerla, como ocurrió durante siglos, en la versión popularizada por la imprenta.

¿Cuándo penetró en España? Indudablemente en el siglo XIII. Con toda probabilidad en el último cuarto del mismo, al amparo de otras leyendas carolingias, cuya difusión había venido preparada por la irrupción de temas épicos relativos a Roland y Roncesvalles. Tal y como hoy se nos ha conservado, no podemos ir muy atrás de la fecha propuesta más arriba; lo impiden la situación de la lengua y el desarrollo de las estructuras narrativa y dialogada, que nos demuestran un cierto rodaje de la prosa literaria, y este hecho concreto es imputable a los equipos alfonsíes. También hemos de tener en cuenta la extensa referencia que existe en la *Gran Conquista de Ultramar* y este inmenso relato se fecha con toda certeza en la época de Sancho IV. Si el extracto de la leyenda es una interpolación, no nos causa quebraderos de cabeza, supone que la novela se ha popularizado y se la considera digna de figurar en una obra palaciega; pero creemos que no, que el fragmento es originario por figurar con leves variantes en diversos manuscritos. La edición de Salamanca de 1503 recoge la extensa cita de la leyenda en el capítulo 43 del libro segundo. Pero la redacción ofrecida por el manuscrito 1920 de la B.N. es superior al presentar un dato desconocido o no recogido en la anterior. Es el siguiente: «ally do el querie fazer justiçia dellos porque los fallara en uno dentro en su torre». Una visión más pormenorizada de todo lo referente a la Gran Conquista de Ultramar y su relación con nuestra obra se encuentra en P. Correa (2002: 476-479).

No se opone a su adaptación en el siglo XIII el hecho de que la copia alfonsí donde se encuentra intercalada la novela sea del siglo XIV, prepa-

rada por un equipo que no llevó a buen puerto el empeño propuesto, pero muy ligado a las fuentes y procedimientos de los responsables primitivos de la historia alfonsí. Sin lugar a dudas, la labor de hispanización realizada es inmensa y dicho equipo demostró una gran capacidad de asimilación para encuadrar bastante bien el argumento de la novela con la cronología de la verdadera historia de España.

Si Fines es rey de Almería y esta ciudad, no fundada todavía, pertenece a Al Andalus, los recopiladores tuvieron que inventar toda una falsa filiación árabe para la familia de Flores y una justificación histórica que lo hiciera rey de Almería. Estas son las razones que explican de modo fehaciente la llegada, procedente de Africa, de un caballero, Fines, hijo del «miramomelín» (califa), para, con su permiso, fundar un reino independiente dentro del recién creado emirato peninsular. También es fruto de quienes insertaron la novela en un texto histórico la expedición de Fines contra Muños, transposición del beréber Munuza, y su ausencia de la capital del reino durante la estancia de su hijo Flores en Montor. La parada del infante en Berbería, camino de Babilonia, es fruto también de los recopiladores. E indudablemente el final del reinado de Fines y las expediciones pseudohistóricas de Flores son imputables a la misma razón. Ahora bien, hemos de reconocer la habilidad desplegada por el equipo post-alfonsí para dar visos de verosimilitud a su invento, hasta tal punto de que no desmerece del resto de la obra. Es un proceso profundo de hispanización y adaptación a un medio textual totalmente nuevo. La novela amatoria se desliza por vertientes aventureras y bélicas desconocidas en todas las versiones europeas. También es achacable al grupo de historiadores la atribución de la novela al historiador Sigiberto, nombre que no les era desconocido por haber empleado una de sus obras en la cronología establecida para emperadores, reyes y papas. Sin embargo, un lector no se pierde el hilo conductor de la leyenda amorosa y reconoce la fuente o fuentes originarias que le sirvieron de pauta para su transposición a nuestra lengua.

Pese a todo, nos movemos en el terreno de las conjeturas mientras no dispongamos de una versión aislada, no importa que sea anterior o posterior a la actualmente conservada. Con toda probabilidad, esta supuesta versión estaría libre de aditamentos históricos y permanecería más apegada a los originales franceses. Disponemos hoy, en una etapa inicial del desarrollo de nuestra narrativa, de una novela digna, iniciadora de una temática en parte desconocida y con una gran incidencia en el desarrollo de nuestras letras. Debíó ser conocida a lo largo de

todo el siglo XIV y probablemente parte del XV, y cedió ante el empuje de obras nuevas de fuerte impronta italiana, consideradas más modernas por su espíritu y lengua.

HISPANIZACIÓN DE LA LEYENDA

Nuestro novelista no es un mero seguidor de sus modelos franceses. Actúa con la suficiente libertad hasta conseguir una historia amorosa digna de sus fuentes. Aparte de las relaciones establecidas entre la historia y la leyenda que, como dijimos más arriba, son obra del equipo alfonsí, encontramos otras innovaciones dignas de tenerse en cuenta y esta vez no imputables a los recopiladores de la *Crónica fragmentaria* sino al novelista primitivo, aquel que tuvo a la vista los originales franceses y se puso manos a la obra para crear una novela ya independiente de la tutela ejercida por sus modelos.

Por lo pronto, los protagonistas son mucho más maduros y responsables en nuestra obra y de ello se encarga el adaptador inicial que va siguiendo el curso vital de Flores y Blancaflor y tiene en cuenta al paso de los años de la niñez a la juventud. En el «conte» la edad máxima alcanzada por Floire y Blanche-flor es de catorce años, mientras que en nuestra novela se dice que, cuando llegaron a los dieciocho años, se amaron como hombre a mujer, de donde deducimos que ambos tenían dicha edad en el momento en que se encontraron en la torre.

La madurez de Flores se percibe durante su estancia en tierras del rey de Babilonia. Nuestro autor urde una historia bélica a mayor gloria del infante y salvoconducto en sus relaciones amorosas con Blancaflor. Hasta tal punto pasa a un primer plano, que la voluntad del rey queda anulada y su destino subordinado a la actuación de Flores. Se produce un cambio radical entre el muchacho que abandona la corte paterna y el joven curtido que vive apasionadamente la guerra civil entre el rey, el califa de Egipto y los alborotadores que finalmente se pasan al soldán de Persia. También es fiel reflejo de su amor a Blancaflor y prueba de madurez la rapidez con que rechaza la propuesta del califa de casarlo con una de sus hijas. Tiene una pronta respuesta y salva con ella una situación que pudo haberle sido, aparte de comprometida, envidiable. La leyenda impone estas condiciones, porque ha sido ideada para glorificación de los amantes.

Los papeles reservados a Gaidon y Gandifer, maestro y ayo del infante, son también de la cosecha del novelista español. Se transforman en su sombra protectora cumpliendo así la misión encomendada por Fines. Frenan el ímpetu juvenil del infante y le hacen ver cuál es su misión en la búsqueda de Blancaflor. Ellos lo encaminan a los dominios de su abuelo y están siempre al quite. Su intervención más decisiva la juegan durante el proceso judicial al que el infante es sometido por el rey de Babilonia. Sabiduría y experiencia política se dan la mano en sus múltiples intervenciones. Naturalmente Flores los va a recompensar con creces, pues en última instancia fueron ellos quienes lo pusieron en franquicia para que sus deseos se cumplieran. Quizá haya que buscar en el siglo XIII la raíz de estos personajes. La pasión por la cultura y el intento de codificar el derecho y hacerlo común tienen bastante que ver con la importancia adquirida por estos personajes que superan con mucho las referencias que de ellos encontramos en las versiones francesas.

Como desconocemos el final del «roman», hemos de considerar que el regreso de Flores a su patria almeriense forma parte de la textura de nuestra novela y es original por cuanto no hay nada parecido en las otras versiones europeas, salvo en Boccaccio. El viaje desde Babilonia o desde un Oriente impreciso hasta Almería es una apoteosis del cristianismo en la misma línea que encontramos tanto en el «conte» como en el «roman», aunque con más insistencia en esta segunda versión. El regreso por mar, cuajado de peripecias, tiene un auténtico sabor novelesco por los azares y aventuras que nos asaltan frecuentemente. El naufragio, la larga y laboriosa estancia en la Isla del mar océano, el monasterio como tabla de salvación para los naufragos, el cambio radical que se va a producir en la vida de los amantes y sus repercusiones ulteriores, forman un entramado que dan a la obra un carácter aventurero, superior quizá, a la estancia de Flores en Babilonia con todas sus secuelas.

Toda la compleja trama es producto de un milagro conducente a una conversión. Parece que es producto del azar, pero supone una calculada conclusión del espíritu que anima la obra. Necesariamente los enamorados tenían que desembocar en un lugar apto para que se llevara a buen fin el sacrificio de los padres de Blancaflor; si no, no hubiera tenido sentido la muerte del duque y el cautiverio de la condesa. Todo cuanto sucede en la isla es una conclusión lógica: la existencia de un poblado monasterio, la escasez de víveres, el hambre, las

apariciones, las conversaciones de Flores y Blancaflor, la decisión tomada en última instancia, el ritual previo a su conversión, constituyen un conjunto de decisiones necesarias para el desenvolvimiento feliz de tan desmesurada peripecia. Pueden ser fruto del novelista español la proximidad de la isla a Sansueña, el papel reservado tanto al maestro como al ayo del infante, las conversiones falsas de algunos acompañantes, forzados por el hambre, la oportuna llegada del viento capaz de hacer que los barcos puedan ponerse en movimiento, la pronta y feliz llegada al puerto de Almería.

Es imputable al equipo alfonsí el final de la novela. Las luchas mantenidas por Fines con sus rivales en la España musulmana están a caballo entre la verdad histórica y la ficción épica. La llegada de Abderraman I coincide con la descomposición del emirato dependiente de Damasco y son un eco de las luchas entre omeyas y abasidas, las cuales tuvieron su reflejo en Al Andalus. Como Flores hereda los compromisos y contiendas de su padre, se crea toda una ficción para el reinado de Flores del que no se dice nada en ningún texto anterior y es también fruto de la minerva de quienes buscaron un acomodo entre la cronología de la leyenda y la realidad de la época.

En el capítulo reservado al reinado de Flores encontramos nombres de reyezuelos que tienen una honda raigambre épica, dentro de la materia carolingia, y demuestra la vinculación tan estrecha que nuestros poetas y prosistas establecieron entre la historia y la literatura. De hiperbólicas pueden considerarse las campañas de Flores en Africa, eco de las relaciones habidas entre el norte y el sur del Estrecho. La coronación de Flores en Córdoba, la cristianización de la España musulmana, la restauración del culto, que probablemente tengan que ver con la repoblación del Valle del Guadalquivir acaecida en el siglo XIII, la consagración de mezquitas en iglesias, el nombramiento de obispos y altas dignidades eclesiásticas fruto de las conquistas de Fernando III.

La auténtica leyenda termina con la llegada de los amantes a Almería y el reconocimiento de la dignidad de Blancaflor. Todo lo demás es un simple aditamento necesario para la inserción de la leyenda en la historia. Una amplificación a las palabras finales del «conte» donde el poeta hace alusión explícita al rey Floire sin especificar cómo y cuándo es nombrado soberano, aunque lo vemos concediendo mercedes a quienes le ayudaron. Estamos ante una amplia glosa de estos versos en la versión ofrecida por M. Pelan (1956: 86-87):

*Tuit li baron contre il vinrent,
A l'encontrer grant joie firent;
Sa coronne li aporèrent
Par la fleur d'or li presenterent.*

*Floires un duc a esgardé,
Tout le plus riche de sa terre
Et qui plus puet maintenir guerre.
Au plus vaillant duc de s'onor
Donna la mere Blanchefflor.*

*Quant sa fille voit coronnee
Et ele est duchesse clamee,
A Damedieu graces en rent
Et sel mercie durement.
Ci faut li contes du roi Floire,
Dieus nous mete toz en sa gloire.*

A pesar de todas las innovaciones, a nuestra novela le ocurre lo mismo que a otras versiones europeas de la leyenda. Cada pueblo la acomoda a su visión particular de la creación literaria hasta el punto de constituir otros tantos originales que, en la medida de lo posible, permiten su continuidad a lo largo de los siglos. Este fenómeno es perceptible en Flandes, Alemania, Italia y España, pues en su patria de origen la supervivencia se consigue mediante traducciones o mejor adaptaciones bien del español o del italiano. El único que tuvo conciencia de hacer una obra nueva, en algunos aspectos muy superior a sus modelos, fue Boccaccio en su *Filocolo*, espléndido fresco susceptible de constantes amplificaciones. Toda una brillante teoría amorosa encuentra acogida en su magnífica prosa tanto en italiano a través de la edición de V. Branca (1967) como en español por medio de la traducción de C. F. Blanco Valdés (2004).

La teorización amorosa contenida en el *Filocolo* se conoce con el nombre de *Laberinto de amor*, difundida a partir del siglo XVI, a través de Andrés de Burgos en Sevilla con el título de *Laberinto de amor, que hizo en toscano el famoso Juan bocacio; agora nuevamente traduzido en nuestra lengua castellana*. Año de M. D. XLVI; también en Toledo en los años 1546 y 1549 con el título de *Trece questiones muy graciosas sacadas del Philoculo del famoso Juan Bocacio, tradu-*

cidas de lengua Toscana en nuestro Romance Castellano con mucha elegancia y primor.

ANÁLISIS DE LOS PROTAGONISTAS

De las fuentes francesas a nuestra novela la pareja de amantes ha sufrido una transformación profunda. Si tuviéramos que establecer un parangón, nos inclinaríamos por los protagonistas del «roman», reveladores de una mayor madurez y adecuación al transcurso del tiempo. Pero el realismo español impone sus cánones y el acercamiento a la verdad de la vida del hombre se constituye en marco idóneo para el desarrollo experimentado tanto por Flores como por Blancaflor y su comportamiento en los diversos acontecimientos de los que son artífices y sufridores. Muchos años de su vida, niñez y adolescencia, los pasan en el palacio real de Almería. Es aquí donde el amor se va transformando hasta adquirir proporciones que causan la alarma de los padres de Flores. Es, por lo tanto, una etapa muy importante, pues en ella se configura el carácter con el que los veremos actuar en el futuro.

Las abundantes pausas líricas y dramáticas del «conte» se atenúan en nuestra novela y en algunos casos no existen. Ellas son importantes, porque revelan la progresiva evolución amorosa de los amantes. Están condenados a amarse desde el momento en que comparten una niñez íntima y sobre todo por la asistencia de ambos a la escuela donde escogidas lecturas, no casuales, alimentan la imaginación y la conducen, ayudada por la voluntad, a la entronización del dios amor en sus almas. El original francés nace bajo el signo de Ovidio y por lo tanto su aparición se produce en una época en la cual se cruzan diversas concepciones del amor y todas dejan su impronta en ésta como en otras obras de la época. Por encima de todo el «conte» es una historia de amor capaz de vencer todo tipo de dificultades para llevar a buen puerto el camino trazado desde el nacimiento hasta el encuentro definitivo. Aparte de esto, puede ser otras muchas cosas más: aventura, caballería, exaltación de la cristiandad, no nos cabe duda, pero por encima de todo el amor. Por él y para su realización plena vive la pareja protagonista y sortea todos los obstáculos en virtud de su entrega amorosa. Y en este sentido y sólo en él ha seguido viviendo durante siglos y soslayando todos los cambios de gustos, lenguas y escuelas.

Y la novela española también fue sentida en su tiempo como una historia de amor. Nos lo ha dicho el Arcipreste de Hita, matizando con el concepto «lealtad», un sentido de perennidad en sus relaciones. Así como en el «conte» notamos o tenemos la sensación de que el tiempo se ha detenido y no pasa para los enamorados, en nuestra versión, al suprimir los elementos líricos y reducir las descripciones, sentimos el galopar de los días y los años en cada episodio narrativo nuevo. El Flores que vive en Almería no es el mismo que está en Montor por orden de su padre. Algo ha cambiado en su comportamiento y en su madurez afectiva. Es capaz de vencer las tentaciones en figura de bellas muchachas y le duele el alma el pensar que algo haya podido sucederle a su amada. La separación de los amantes es a causa de haber nacido en ellos un sentimiento distinto al vivido en la niñez, una comezón superior a la de la simple amistad propia de una prolongada convivencia. Estamos en los albores de una prematura adolescencia con la aparición del amor unido al deseo, a un paso de la pasión amorosa.

Creo que el amor real se manifiesta en el entreacto que va desde la estancia en Montor hasta la partida camino de Babilonia. Lo que ocurre en esta etapa nos produce la impresión de que todo sucede con una rapidez vertiginosa, pero no es así. Entre la venta de Blancaflor y el abandono del hogar paterno hay un tiempo prudencial en el que ocurren acontecimientos que van a acelerar el proceso amoroso. Flores se ha afianzado hasta el punto de tener las fuerzas suficientes para iniciar una aventura peligrosa en un mundo que le es desconocido. Es verdad que va acompañado de su maestro y ayo respectivamente, amén de un séquito numeroso dispuesto a sacarlo de un apuro si fuera necesario. El trayecto Almería-Babilonia necesita de un tiempo superior al realizado por Floire en el «conte». La detención en los dominios de su abuelo afianza su personalidad y esto le va a permitir un superior rendimiento cuando tenga que enfrentarse a la verdad.

No es tanto el azar cuanto el esfuerzo personal. En el «conte» hay una serie de encuentros fortuitos que se ven en las diversas hospederías donde hacen alto hasta que llegan a la última y definitiva en Babiloine. Y es en esta última donde Floire siente avivarse la llama de su amor y pone todo su buen hacer y entender hasta entrar en la torre de las doncellas. En la novela española, existen las hospederías, pero no tantas como en su modelo francés. Lo importante es que el medio del que se vale Flores es distinto. Nos encontramos ante un personaje hazañoso, bélico, que desea ganarse la voluntad del rey de Babilonia por

medio de su espada. Tanto en un caso como en otro, el fin es el mismo, ponerse en contacto con Blancaflor.

Hay una gran diferencia, hasta ahora, en el modelo amoroso adoptado. En el texto francés encontramos un evidente erotismo desde el primer momento. Se prodigan los besos, los abrazos, e incluso en un momento Floire dice que llegará el tiempo en que se apodere del «ente» y lo posea. Tras dicha alegoría se oculta el cuerpo de Blancheflor del que está deseoso. Un ramalazo de naturaleza ovidiana pasa por la mente del clérigo en ese momento concreto. Nada de esto encontramos en la versión española. Todo va por sus pasos contados, aunque el final sea el mismo, la posesión del cuerpo de la amada. Estamos ante una concepción del amor distinta a la proyectada por el Arcipreste en su obra, en la línea de una contención que tiene estrecha relación con la mentalidad castellana de la época. Hay una estética, pero también una ética que culmina en un matrimonio religioso.

Durante un largo trayecto, estancia en Babilonia, el amor cede ante la necesidad práctica de la guerra. Estamos ante un episodio bélico de frontera entre insurrectos y el rey, también, y aprovechando las circunstancias, entre el rey y el califa de Egipto. Flores sabe sacar partido de esta situación y vence en todos los frentes; aquí no intervienen ni su ayo ni su maestro, todo sale de su voluntad y de su capacidad de adaptación; sabe que es el mejor medio para entrar en contacto con su amada y pone en él todo su empeño. Este nuevo Flores tiene algún punto de contacto con el que encontramos en el «roman», pero está muy alejado del protagonista del «conte». Su condición aristocrática se revela en la capacidad demostrada para hacer frente a los mil obstáculos que encuentra a su llegada a Babilonia; se nos hace evidente un Flores guerrero, típico capitán de fronteras, habituado a la técnica de la algarada, y rápido en sus decisiones.

Es indudable que este nuevo Flores se encuentra en su edad madura; es capaz de posponer su aventura amorosa en pro de otros intereses, porque sabe que a la postre, como adelanta el autor, va a lograr la consecución de Blancaflor. No quiere decir que haya olvidado el motivo de su largo viaje, sino que es consciente de que la situación por la que atraviesa el reino de Babilonia puede serle favorable. Tras este paréntesis bélico, de nuevo regresamos al espíritu y argumento de la leyenda. Por el mismo procedimiento que en los originales franceses, Flores accede a la torre donde está encerrada Blancaflor para pasar unos días de convivencia con ella en la soledad de su cámara. El novelista español no refleja fielmente el sensualismo que se desprende en el

«conte», aunque Flores yace en el mismo lecho que Blancaflor y, cuando los sorprende el rey, ambos están desnudos.

Muchas páginas están dedicadas al juicio celebrado en la corte con motivo de la ofensa inferida al rey de Babilonia. Todas las ampliaciones que encontramos en nuestra versión son producto del numen del novelista y reflejan una época en la cual el mundo jurídico desempeña un papel de primera importancia en la vida política y pública de los castellanos de la época. Esta es una de las razones que nos mueve a considerar la novela nacida en el ámbito de Alfonso X. El peso de la acción no lo lleva Flores sino sus acusadores y defensores, y él interviene en última instancia, cuando todo parece resuelto a su favor. En el «conte» estamos en la antesala del final de la obra. Desconocemos el final del «roman»; sin embargo en la novela española queda una nueva etapa muy importante por el sesgo que la misma va a tomar.

La apoteosis del cristianismo está anunciada desde el comienzo de la obra. La imposibilidad inicial de los amores de Flores y Blancaflor más que por diferencia social se debe a la diversidad de religión en una época en la que la oposición cristiano-moro era una realidad palpante. La llamada guerra de reconquista no fue ni más ni menos que un largo enfrentamiento religioso enmascarado por mil y un motivos, y la literatura hace constantes referencias a este hecho. Esto es evidente en nuestra novela. La última parte es la detallada narración de las vicisitudes que los amantes sufren en el camino de regreso; su purgatorio personal que termina con la conversión de Flores y parte de su séquito. Mientras están en la Isla del Mar Océano, no hay posibilidad de que el viento favorezca la partida de la nave; apenas Flores se convierte, el aire comienza a levantarse y pueden izar velas.

Esta apoteosis del cristianismo no termina aquí, sino que el novelista amplifica los últimos versos del «conte» y cuenta con todo lujo de detalles la conversión de los súbditos de Flores; el ennoblecimiento de Blancaflor por las penalidades sufridas y la ascensión de su madre en la escala social como mantenedora de la fe de su hija. En la última parte de la novela se impone la figura de la amante que había quedado relegada a un segundo plano a lo largo de toda la obra. Flores se nos manifiesta un personaje dúctil en todos los aspectos menos en lo que toca al mundo del amor. En este caso su conducta es rectilínea, sin doblez, porque está en la base sobre la cual se construyó la obra inicial. Enamorado, belicoso, propagandista de la nueva fe, supo plegarse hábilmente a todas las circunstancias en las que se vio inmerso.

Por su parte Blancaflor representa el amor. Nace para él y vive por él. Es el complemento necesario de Flores. Están destinados a amarse desde el mismo momento en que se dan una serie de circunstancias novelescas en su nacimiento e infancia, creadoras de un ambiente que favorece el desarrollo progresivo de los sentimientos amorosos. Naturalmente, y según las ideas literarias de la época, Blancaflor es muy hermosa; la naturaleza la ha dotado de todos los encantos posibles necesarios para que en torno a su figura aparezca una singular historia de amor plagada de dificultades que deben ser vencidas con tenacidad y perseverancia. Representa la muchacha soltera digna de ser alabada y deificada al igual que la dama del amor cortés, pero sin la presencia de éste, cien años antes de la aparición del stilnovismo.

En la novela española, Blancaflor es un ser poco activo. Colocada en un pedestal por su amante, solamente tiene que esperar a que las circunstancias le sean favorables. Vive las mismas vicisitudes que Flores y ella es el motor móvil que empuja a su amante a actuar. No encontramos descripciones físicas de la joven, pero de ella emana un encanto que subyuga a su enamorado y le quita la voluntad, y todo cuanto en la novela leemos, en última instancia, gira en torno a su figura. La alabanza de sus virtudes tanto físicas como morales las hace su enamorado, aunque ella no se muestra reticente en proclamar su amor por él. La vemos siempre en un segundo plano y es al final cuando su figura emerge como reina que ha conseguido todo cuanto la fortuna hasta ese momento le había negado. Hereda algo del infantilismo propio del «conte», tamizado, sin embargo, por la rapidez de su maduración como mujer, rasgo propio de la novela española.

Flores y Blancaflor son dos personajes de ficción que han sido creados siguiendo el mismo modelo. Nacen en una época en la cual bullían en las cortes feudales francesas diversas teorías amorosas y éstas son recogidas con diversa suerte e intensidad en el original del siglo XII. Representan el espíritu de un mundo refinado y en el transcurso del tiempo, conforme los gustos y las ideas cambian, se ha ido amoldando sin apenas dificultad. Se ha respetado en esencia el esquema argumental, pero han ido desapareciendo los elementos que tenían que ver con la época de su gestación y en este sentido la novela española no tuvo más remedio que adecuarse al siglo XIII, en su tramo final, y de la época es la responsabilidad de los cambios operados. Sigue siendo en esencia una obra amorosa a pesar de todos los aditamentos.

CONFLUENCIA DE FORMAS NARRATIVAS

Es muy difícil establecer unos criterios fijos para encuadrar esta novela dentro de una dirección determinada. En el siglo XII, la narrativa en prosa no estaba bien definida. Se prosificaban obras en verso pertenecientes al «roman courtois» y cantares de gesta cíclicos, aparte de textos religiosos como vidas de santos o milagros marianos, pero no hay una forma definida, ni la novela se había independizado de sus originales en verso. Este fenómeno ocurre en el siglo XIII, época en la que la novela es gestada en cuanto tal al margen de los orígenes antes enunciados. En líneas generales esto es lo que ocurre en Francia, Y la situación en Castilla es más o menos la misma.

Por lo pronto hemos de tener presente que la prosa con intención literaria aparece a mediados del siglo XIII y con preferencia por obras cortas, tipo cuento o relato, de impronta oriental. También comienzan a prosificarse cantares de gesta y posiblemente a traducirse textos narrativos franceses que entran al amparo de la difusión de los poemas carolingios. Este fenómeno se documenta a finales del siglo XIII y dentro de las escuelas alfonsíes necesitadas de fuentes de toda índole. No sabemos si nuestra novela entra unida a versiones de *Berta* y *Mainete* o la fusión se produjo por obra y gracia del primer adaptador. Me inclino por la segunda opción y considero que el prólogo carolingio falso del «conte» fue la causa de dicha fusión, obligando a manipular la novela al final, para que pudiera enlazar sin trauma con la leyenda de Berta.

¿Ante qué clase de novela nos encontramos? El «conte» es en esencia una novela amatoria, y por mucho que nos esforcemos y se pretenda ver en ella demasiadas cosas, no se invalida la opinión que han tenido y tienen numerosos investigadores de que el amor está situado en el centro de la obra y todo se subordina a él. Conviene no olvidar que el «conte» nace en una época en la que domina la temática amorosa para las obras cultas y las gestas para el común de las gentes. Ya en uno de los prólogos se nos cuenta cómo unas muchachas están reunidas para oír una historia amorosa, contenido agradable al auditorio femenino, aunque esto no quiera decir que su lectura no plazca a los caballeros, pues son ellos los protagonistas masculinos de estas historias de amor. En los primeros versos del «conte» el poeta se dirige a todos, caballeros, doncellas, jóvenes, e insiste en que su historia es amorosa:

*Oëz, seigneur, tuit li amant,
Cil qui d'amors se vont penant,
Li chevalier et les puceles,
Li damoisele, les damoiseles*

a renglón seguido nos dice que el que desee aprender de amores, lea su obra:

*S'a cest conte voulez entendre,
Moult i porroiz d'amours aprendre.*

Poco después afirma que este relato se lo oyó a una muchacha y ésta estaba contándoselo a su hermana. Ella, a su vez, lo aprendió de un clérigo que lo había leído en un texto escrito:

*Un vendredi après mengier
Pour deporter aus damoiseles,
Dont en la chambre avoit de beles.*

*Iluec m'assis por escouter
Des puceles qu'oï parler;
Les dames estoient serours,
L'une a l'autre parlent d'amours.
L'ainznee d'une amor contoit
A sa serour, que moult amoit,*

*Més a un cler dire l'oït,
Qui l'avoit leü en escrit.*

Todos estos textos ocupan los versos 36-54 de la versión de M. Pelan (1956).

Encontramos un cierto determinismo amoroso en la gestación de la obra. Los personajes claves han nacido, aparte otras funciones secundarias, única y exclusivamente para amarse por encima de todo. Nacen en el mismo día, reciben nombres muy parecidos, su infancia es paralela, se educan de la misma manera, asisten a la misma escuela, leen los mismos libros, siempre están juntos. No hay escapatoria posible. Para poner un ingrediente nuevo, pertenecen a clases sociales distintas a causa de la fortuna. El es hijo de rey y heredero de un reino, ella es

aristócrata, pero nacida en cautiverio. Son de distinta religión y esto pone su morbo en las futuras relaciones. Para ambos no hay problema de ninguna clase; no piensan en diferencias sociales ni les preocupan su pertenencia a religiones distintas. Esta situación se traslada a sus padres, especialmente a los de él.

Con el tiempo el amor se acrecienta; en nuestra novela se quieren al principio como niños que, criados juntos, se van descubriendo en su diferencia afectiva y sensorial. Una serie de avatares va enriqueciendo el cariño, sobre todo cuando por necesidades reales Flores debe marchar a Montor, alejándolo de la corte con la intención de que olvide a Blancaflor. Fue peor el remedio que la enfermedad. Hemos de suponer que ambos han llegado a la adolescencia, porque los acontecimientos que se van a suceder exigen una edad impropia de la infancia. El original francés es ambiguo a este respecto y nos produce la impresión falsa de que los enamorados quedan niños aun después de haber vivido noches de amor en la torre de las doncellas.

El proceso de maduración de Flores y su condición enamorada con todas las consecuencias se van a vivir en la etapa de soledad en la ciudad de Almería. Blancaflor ha sido vendida a unos mercaderes y la han trasladado a Oriente. El amor acucia al joven que inquiere noticias de su amada a todos los que estuvieron en su entorno, la madre Berta, sus padres, hasta que le comunican la falsa muerte de la muchacha y lo conducen a una tumba cenotafio para hacerle más evidente el fatal desenlace. El amor se transforma en pasión hasta el punto de que no desea vivir. Está dispuesto a suicidarse, pero su madre le comunica la verdad. Entonces se empecina en ir a buscarla a pesar de la oposición de todos.

Comienza la segunda parte, motivada por los acontecimientos de la anterior, pero totalmente distinta. El amor cede ante la aventura. La necesidad de la búsqueda, en la línea de las novelas bizantinas. Hay un largo trayecto desde Almería hasta Babilonia. En nuestra novela aparece una parada obligada en Berbería, en los supuestos dominios de Ysca, abuelo de Flores, quien alaba la grandeza de ánimo de su nieto el exponerse a mil peligros por una mujer. Al igual que ocurre en las versiones francesas, el azar va allanando el camino, pues el joven tiene la oportunidad de conocer el lugar adonde han conducido a su amada por hospedarse en las mismas posadas y entrar en contacto con hosteleros conocedores perfectos de su trabajo, quienes les proporcionan vía libre para la consecución de sus planes. Es curioso constatar que en el

viaje de ida no aparece inconveniente alguno; sus barcos llegan a puerto sin contratiempo, mientras que en el viaje de regreso viven toda una compleja peripecia necesaria para uno de los fines que el autor su había propuesto: la cristianización de Flores y su séquito.

La aventura prosigue también desde el momento en que pone pie en un Oriente difuso, puesto que la confusión entre la Babilonia de Asia y la de Egipto es evidente. En principio parece referirse a la de Asia, porque en Egipto hay un califa que es distinto del rey de Babilonia, pero en otras ocasiones es evidente la equivocación. Pues bien, la aventura prosigue hasta que llega a los dominios del rey. En una de las posadas se entera de los problemas políticos y bélicos que hay entre él y su señor natural. Flores ve el cielo abierto pues, si se pone al servicio del primero, le será más fácil conseguir el propósito que le ha guiado hasta aquellas tierras.

El carácter épico y hazañoso de Flores es propio de la novela española y en algún caso concreto puede tener relación con la actuación de Floire en la isla de Fisis tal y como lo cuenta el «roman». En el caso del texto francés es Floire el provocado por Diógenes, hijo de Sanón; en el nuestro es Flores quien se ofrece a ayudar al rey. El autor sigue las pautas de la guerra de fronteras y es la algarada, la respuesta rápida, la actuación decidida, el marco en el que se describen las hazañas del joven. Triunfa en todos los frentes y es recibido en la intimidad del rey. Durante un cierto tiempo parece haber olvidado su verdadera misión hasta que, terminado el problema, el autor no tiene más remedio que retomar la leyenda y colocar a Flores en casa de sus hospederos Daytes y Licores para enfrentarse con su verdadero destino. Lo amatorio vuelve a ocupar un primer plano.

Forman parte de él los monólogos en los que manifiesta sus temores, el empeño en ponerse en contacto con su amada, los peligros que debe sortear, la estancia en la torre, los días que pasa junto a Blancaflor, hasta que son sorprendidos por el rey. Se recupera el argumento del original y se mantiene en mejor o peor medida. Forman parte de lo amatorio las consecuencias derivadas de su actuación: el encarcelamiento y el posterior juicio, presentado en nuestra novela con toda minuciosidad. El final del mismo tiene que ser necesariamente feliz. Flores consigue vivir libremente con Blancaflor en la corte del rey de Babilonia. Ante el conocimiento de la situación en la que se encuentra su padre, deciden regresar a Almería. Comienza así una nueva etapa de aventuras, el regreso, con un componente propagandístico de muchos quilates.